

Recuerdos Partidos: Río Tercero, “la explotada”

A “los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”. - . B.B

por Manuel Esnaola
Especial para HDC

A “los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”.

B.B

UNO

Hace dos semanas que trato de arrancar esta columna pero no hay caso. Supongo que es difícil hablar de una manera literal sobre el miedo cuando uno-estuvo-adentro-del-miedo. Hubiese querido escribir, no sé, algo al estilo de... “ayer fue 3 de noviembre y hoy es el cumpleaños de mi viejo”. Pero esa oración ya no podrá funcionar nunca. De algún modo, cada vez que el tercer día de noviembre cae como una guillotina del pasado, no podemos, lo intentamos pero no podemos, celebrar acontecimientos felices. Anoto en el margen izquierdo de mi libreta negra, a modo de recordatorio, breves glosas entre puntos y comas:

Ayer fue 3 de noviembre de 1995; Todos los años es, en esta época, siempre el mismo año; Ayer hubo una guerra a ciegas en mi ciudad: un bombardeo, un atentado, una tapadera de la venta ilegal de armas a Ecuador y Croacia; Ayer la Fábrica Militar de Río Tercero escupió su furia de esquirlas sobre la inocencia agujereada de los vecinos; Ayer los perros rayaron la mañana con su alarido de espanto, marcando los caminos de evacuación; Ayer mi hermano volvió a casa en bicicleta esquivando proyectiles y escombros, y yo pensé por primera vez que la muerte es, en el fondo, la muerte de los otros; Ayer vino Menem, el “fucking serial killer” de la Argentina, y dijo que lo que había pasado era “un lamentable accidente”; ayer es, para todo ciudadano riotercerence, una herida negra que escuece, incesante, en la memoria del pueblo; ayer, hoy, mañana, ayer... una temporada en el infierno;

ayer... escribir algo sobre ayer se te complica Esnaola.

DOS

Hay mucha información sobre los hechos. He aquí un resumen brevísimo de lo sucedido: el 3 de noviembre de 1995, cerca de las 9 de la mañana, se perpetraron (para tapar un faltante de armamentos vendidos de manera ilegal a Ecuador y Croacia) una serie de explosiones y contra explosiones programadas en la planta de carga y luego en el depósito de expedición y suministros de la Fábrica Militar de Río Tercero, provocando una lluvia de municiones y proyectiles sobre la ciudad, que dejó un saldo de siete personas muertas y más de trescientas heridas, además de tres barrios completamente devastados y una ciudad en ruinas. No pretendo aquí ser exhaustivo en la descripción de los hechos. Quienes se interesen pueden consultar las arduas investigaciones de Ana Gritti, y sus entonces abogados, Aukha Barbero y Horacio Viqueira. También el periodista Fernando Colautti ha profundizado, entre otros, en información relevante al respecto. Yo quería, en realidad, anotar alguna cosa desde lo anecdótico, desde esa memoria colectiva que se escribe para siempre en las páginas rugosas de una tragedia en común. El dolor es, lamentablemente, la aguja que teje los recuerdos partidos.

TRES

Aquel viernes negro yo no había ido a la escuela. Tenía la rodilla fracturada y estaba haciendo reposo para que disminuya la inflamación y entonces los médicos pudieran enyesarme. De un momento a otro un violentísimo estruendo sacudió las ventanas, haciendo estallar los vidrios. La casa se movió como en esos bombardeos que uno ve en las películas. En eso mi vieja sube corriendo las escaleras y me pregunta, desencajada en un rostro que no consigo olvidar, “¿qué pasó Manolito, por Dios?!”. Qué íbamos a saber nosotros que estaban volando la fábrica. Después vino la sinfonía de una explosión tras otra, la espera, en medio del llanto y la desesperación, de que mi hermano apareciera por casa. Yo estaba parado en el pasillo vigilando atentamente la puerta de entrada. De verdad pensaba que mi hermano se había muerto. Recuerdo que esa fue la primera vez que me di cuenta de que el verdadero horror de la muerte es, en realidad, la muerte de los que amamos. Finalmente nos encontramos todos, tratamos de localizar al resto de la familia grande y cuando supimos que ya se habían ido, terminamos en

Hernando. Ahí nos quedamos durante meses en casa de mis abuelos maternos. El bombardeo se apagó ese mismo día; los estruendos no cesaron nunca en la memoria, que está hecha de miedo y jamás olvida.

CUATRO

Parece ser que no puedo escribir con rigor científico sobre estas cosas. Quizá soy una objeción del azar “que me dio a la vez...” la escritura y la cobardía. Ahora mismo estoy sentado en medio de la huella que dejó una sirena de ambulancia en el telón de la noche. Mientras las cosas se apagan, los puchos en los balcones de enfrente, las voces de los vecinos, los ojos de los gatos que merodean el cantero, prefiero escribir algo simple, no sé, algo que me lleve al Río Tercero de mi infancia, un poema como homenaje: “Vamos a ver ciudad / vos te sacás la ropa / y todo se desordena. / Los automóviles / dejan multiorgasmos en las ventanas de las casas / tiemblan / mientras las señoras van a la peluquería / a ejercer la libertad de prensa / Frente al Bar Avenida / el Lautarito se manda una pirueta magífica / en su BMX cromada / le pedís un tema de La Barra / “mi cama no habla / pero mi cuerpo es testigo / de lo que fuimos tú y yo” te suelta / y a vos te dan ganas / de correr hasta la fábrica militar / tocarte el huevo izquierdo y tirarle una buena puteada a Menem. / A las cinco de la madrugada / bajás por el centro hasta tu casa / las manos empotradas en la campera / pensás que la libertad es una batalla que también sucede / abajo de las minifaldas / A veces corrés un par de cuadras / sentís cómo quema el frío en la jeta / te acordás del Chiche emponchado hasta los dientes / “un cafecito con leche / Don Falco” / mientras se acomodaba la pantufla / y entonces te parás de golpe / mirás la torrede los Lubatti como un monumento antiguo / de la Garibaldi / y te dan ganas de llorarte todo. / Que quede claro. Esta ciudad es un dulce infierno / de nostalgias / que sólo se ve / en la mirada de los perros”.

3 de noviembre: un partido para toda la vida

1 DE NOVIEMBRE DE 2016

Mi vieja sube a todo trapo por las escaleras y abre la puerta de mi pieza. Está todavía en camisón y, a pesar de su cara de espanto, pienso que es una mujer hermosa cuando recién se levanta

NADA FUERA DE LO COMÚN

Manuel Esnaola

Especial para HDC

9:05 AM.

Mi vieja sube a todo trapo por las escaleras y abre la puerta de mi pieza. Está todavía en camisón y, a pesar de su cara de espanto, pienso que es una mujer hermosa cuando recién se levanta. Yo estoy acostado en la cama, mejor dicho casi sentado, con los codos apoyados en el colchón. La miro, ella me mira. La ventana está abierta de par en par. Pero antes estaba cerrada y con la traba puesta. ¿Cómo es que se abrió tan violentamente?, piensa mi vieja. Será por la explosión de la máquina mezcladora de portland que están usando los albañiles de enfrente, pienso yo. Pero ahí nomás otra explosión sacude la casa y los vidrios estallan. Mi madre rompe a llorar y yo salto de la cama, con la pierna a cuestras, fracturada el día antes, esperando la calma transitoria del yeso. Algo sólido a qué aferrarnos. Nada. Una puerta que se revienta, el grito de la Pocha en la vereda, los perros que ya comienzan su sinfonía del horror.

9:20 AM.

Llega mi viejo a la casa. ¿El Ñaqui está en el colegio?, pregunta, como si en verdad no lo supiera. El Ñaqui es mi hermano que esta mañana se fue temprano en bicicleta al colegio técnico, más conocido como Enet, que queda a unos metros de la Fábrica Militar de Río Tercero. El grito de la Pocha se pierde entre el alboroto de los otros vecinos.

Explotó un caño de gas, dice un viejo que visiblemente está medio gagá. Mi vieja llora, ahora sí entregada completamente al pánico, y le suplica a mi viejo que se quede, que no se vaya porque están volando esquiras, ¡explotando bombas, Carlos!, dice. Es la primera vez que escucho el mensaje y algo en mí parece querer negarlo. Tercer estruendo. A dos cuadras, la vidriera gigante de la bicicletería El Cairo estalla en mil pedazos. Se cae esa vitrina donde pegábamos la ñata todos los chicos anhelando las relucientes bicis cross. Los primeros saqueadores consiguen movilidad propia, nuevita, cadena aceitada. Mi viejo se va en el auto, a buscar a mi hermano que está en la Enet, es decir, a unos pocos metros del polvorín que explotó. ¿Dónde estará el Chiche? ¿Dónde estarán los que no tienen bicicleta o un pariente en otra ciudad? ¿A dónde van? Un perro está parado frente a la torre de los Lubatti. Tiene los ojos perdidos. No hay nada vivo allí, parece una estatua. El cuarto estruendo le arrebató la dignidad. El perro se retuerce, salta, ladra, corre de una punta a otra de la calle, me mira, lo miro: ¿Dónde estará mi hermano, pichicho?

10:00 AM.

Llega mi hermano y suelta la bici en el porch. Pobre bici. ¿Quedará abandonada ahí para siempre?, o tal vez alguien le saque una foto entre los escombros y las ruinas de la ciudad, como esas fotos de la guerra, y quede estampada en la posteridad. Mi hermano, que trae noticias frescas del lugar del hecho, la había comprado de Taricco, un guaso que corría en mountain bike y tenía un localcito donde nos dejaba probar todas las bicicletas y soñar que estábamos corriendo alguna carrera ilusoria por la montaña. Explotó la Fábrica Militar, grita mi hermano con la voz un poco quebrada, están volando esquiras por todos lados. Yo estoy en el pasillo de mi casa, lo veo aparecer en la puerta como una alucinación, un bálsamo. De verdad pensé que se había muerto, mi hermano, el Ñaqui. El quinto estruendo es tan fuerte que las ventanas del local de los Marro se vienen abajo. Todo esto me lo imagino, porque en verdad estoy adentro. Pero si el bombazo fue tan fuerte, ¿qué habrá pasado con el Metra, el Polaco, el Jota? Ellos viven a pocas cuadras de la fábrica. Pienso en mis amigos, en sus familias. El perro de la cuadra ya se ha ido. Cada uno busca su propia suerte en la ruleta de la desesperación. ¿Y el Chiche? ¿Y el Marcelito que vive en la terminal de ómnibus? Mi viejo volvió sano y salvo. A mi abuela se la llevaron mis tíos a un campo, según nos dice

el tío Ricardo que llama desde Madrid. El éxodo ha comenzado. Colas de autos vaciando la ciudad explotada.

12:00 Md.

Estamos en Tancacha. A unos kilómetros aparecerá el pueblo General Fotheringham. De chicos mi hermano y yo lo acompañábamos al viejo que iba a laburar en la cooperativa de ahí. Nos metíamos en los galpones, utilizábamos todas las herramientas del taller para construir algo, no sé, una maquinaria tal vez, que nos mantenga unidos para siempre. En ese momento no lo sabíamos, pero un océano iba a acabar rompiéndola. Por eso hoy conservamos otro taller, donde todavía construimos algo que nos salve del océano y la distancia, y vuelva a unirnos físicamente algún día.

Nos detenemos en una estación de servicio a buscar unos sanguches. Atrás se ve una nube de polvo que va cubriendo, borrando lentamente la ciudad. Vamos camino a Hernando. ¿Te duele la pierna, Manolito?, vení y ponela en esta silla, dice mi vieja. Es increíble la capacidad de olvido que tiene el cuerpo humano ante un nuevo evento doloroso. Ni me acuerdo que tengo fracturada la rótula. Ya me morí dos veces hace un rato: primero con la presunción enfermiza de que mi hermano había explotado junto con la fábrica, y después con la agónica espera de que mi viejo volviera de esa expedición suicida para buscar a mi hermano en el colegio. En realidad, ahora que lo pienso bien, también me había muerto una tercera vez, más en diferido pero con una intensidad acrecentada por la incertidumbre: ¿dónde estarían mis amigos, sobre todo los que vivían cerca de la fábrica? ¿Volveríamos a hacer un pan y queso en la canchita del Modesto Acuña? Todas estas detonaciones van sucediendo adentro mío. Afuera la ciudad se viene abajo y una esquirla enorme corta el pino mayor de la Casita del Río de mi tío Juancho. Los tótems de la infancia ya no podrán marcarnos el rumbo.

Hora desconocida.

1 año después.

Ya no habrá pirotecnia en las navidades y fiestas de fin de año. Se cae una olla y mi vieja se paraliza. Vivimos como seis meses en Hernando en la casa de mis abuelos. Mi abuelo le decía “pasto” a la lechuga y releía salvajemente a los mosqueteros de Dumas. Mi abuela presumía unas muñecas rusas que eran una locura. Estas son cosas lindas. Uno

se aferra a lo insignificante porque sabe que en el cuadro impresionista de la vida, al final de cuentas, es el hilo simple y sin épica el que define la obra. Si alguien mirase el cuadro de Río Tercero ahora, un año después de las explosiones, o veinte años después, es lo mismo, tal vez nos vería a mi hermano y a mí, cerca del vallado de la fábrica, buscando pedazos de esquirlas para ponerlas en la repisita de la casa que nos bombardearon, como un nuevo tótem que nos marcará el camino, que está hecho de esa materia inflamable que es la memoria. Más adelante, en primer plano, vería también a unos pibes haciendo el pan y queso en una canchita de tierra. Es el modo que tienen para elegir qué dolor va primero en un partido que dura toda la vida, diría un espectador ocasional que pasa por la esquina.

El perro que jugaba con mariposas

30 DE OCTUBRE DE 2018

Nada fuera de lo común, por Manuel Esnaola

“Esquirlas como ladrillos atravesaron paredes (...) Las calles de la ciudad argentina, desolada, quedaron cubiertas con toneladas de escombros, cientos de grandes proyectiles y carcacas incrustadas en el asfalto o dentro de las viviendas”. El País, sábado 4 de noviembre de 1995

UNO

El sábado / estoy seguro / como cada 3 de noviembre / mi ciudad va a explotar / esto no es un apocalipsis / una novela de Cormac McCarthy / no hay lugar para la palabra escrita en medio del fuego / los papeles serán ceniza sobrevolando las calles / la metáfora / pongámosle / “las golondrinas se convirtieron en metal ardiente que se ensañaba contra las casas” / no tendrá ningún efecto en el mundo de las cosas / las

cosas se caerán / la repisa / que sostiene mi colección de Larousse y los libros de barcos antiguos / se caerá / al suelo / el suelo perderá firmeza / cuando el mundo tira para abajo / es mejor no estar atado a nada / imaginen a los gendarmes / presidentes / gobernadores / en la city / la historia es conocida / por eso les cuento algunos detalles / que ustedes no saben / los albañiles abajo de mi casa / estaban tomando una coca con bizcochos / seguramente de la panadería Alcibar / lo sé porque puedo verlos desde la ventana / parlotean mientras la mezcladora hace lo suyo / prepara / por decirlo de algún modo / el material espeso para levantar las paredes / que en un ratito nomás se van a partir al medio / la Pocha y otras señoras del barrio están en la vereda / ejerciendo la inexplicable pero justa tarea de barrer las baldosas / charlan / todo esto antes de que la ciudad se derrumbe / les cuento esto / porque en las cosas mínimas hay una fibra / que se rompe para siempre / y entonces la Pocha ya no volverá a ser nunca más la Pocha / mi vieja ya no volverá a sonreír en el brindis de año nuevo / por miedo a que explote algún petardo / o que los perros reaviven su aullido desesperado contra la negrura del cielo / los albañiles que ahora sacan con una pala / a la manera de los maestros pizzeros / la materia para levantar las casas / ya no serán los mismos tampoco / habrán de replantearse / seguramente / para qué sirven las paredes en esta ciudad.

DOS

El Teo / el perro de la casa de los Gerlero / corre por todo el patio / da vueltas en círculo / no puede / pienso / que no puede estar persiguiendo su cola / no tiene / el bóxer / cola / persigue algo que rebasa su existencia / persigue el pánico / porque una nube negra está por venir desde la Fábrica Militar / a eso nosotros todavía no lo sabemos / pero el Teo sí / es un perro fiel y su instinto le dice que algo va a pasar / por eso cuando el Caco le grita / “¡Vení, Teo, ¿qué pasa?” / el Teo lo mira con ojos tristes pero extasiados / como diciendo / “¡rajá, boludo” / pero su lenguaje todavía es precario / y no puede más que recibir caricias / que nosotros le profesamos tratando de tranquilizarlo / que pobre Teo / se pone loco por cualquier cosa / juega con las mariposas pero nunca con la boca / no quiere / el Teo / comérselas / sólo quiere intentar tocarlas con sus almohadillas digitales / nunca con las garras / porque el Teo es un rufián del juego / un paladín del cariño / como todos los perros bóxer / pero hoy la cosa es al revés / el Teo la tiene clara / un estruendo sacude el patio de los Gerlero / aquella casa para jugar / donde con el Caco embocábamos la

pelota en el aro / tirando desde el otro lado de la pileta / la casa / el patio / se sacude / y a los pocos segundos se estremece otra vez / se caen los vidrios / qué carajo pasa / el Teo ladra con fuerza / “¡rajen, boludos” / y la ciudad que se derrumba / en ese preciso momento / las vidrieras de la bicicletería “El Cairo” se hacen añicos / mi abuelo corta un salami / se queja / porque se lo quieren llevar al campo / mi hermano pedalea con fuerza / para salir del patio de la ENET / patea como un campeón / recorre la Avenida Savio / mientras las golondrinas de fuego se inmolan contra el suelo / los autos / se anulan unos a otros / en su misión de éxodo / un tipo se agarra el pecho / no soporta el bombardeo / cae al piso y mira por última vez las baldosas / negras / blancas / las baldosas / en las que yo jugaba a moverme como un caballo de ajedrez / mientras iba caminando hacia el Modesto Acuña / con el guardapolvo blanco siempre grande / para que dure otro año / el Modesto Acuña / donde ahora mismo una bomba se incrusta en la canchita de fútbol / y un arco se cae / y la ventana / desde la que me asomaba a mirar / mientras jugaba al elástico / a la primera chica que amé / la ventana / se cae / como los libros de barcos antiguos / y se convierte en un ojo negro / ciego / y el Teo / metido en el auto de los Gerlero / apoya la cabeza contra la ventanilla cerrada / su aliento opaca el vidrio / el Caco dibuja una eme desde la que se alcanza a ver a una señora llorando / preguntando qué pasa / qué cosa es la que explotó / y las nenas / “¡las nenas, Pedro!” / grita / “¿dónde están las nenas?”.

TRES

Cada año / desde que escribo en este diario / cada noviembre / escribo una columna para recordar las explosiones de Río Tercero / es inevitable / mirar la conferencia de prensa de Menem / está en YouTube / donde les dice a los periodistas / que “se trata de un accidente y no un atentado” / y que ellos “tienen la obligación de difundir esta palabra” / es inevitable / no pensar en la Pocha / que se murió soñando con los petardos que los niños tiraban en la cuadra / recuperando / cada vez que un rompeportones reventaba el silencio de la noche / la memoria de la ciudad derrumbada / es inevitable / pensar en el Teo / que ahora pertenece menos a la vegetación y la tierra que a la memoria de mis amigos / en aquel perro de ojos tristes / pidiéndonos a gritos / en su idioma canino / que rajemos / que se venía algo heavy / Teo querido / Menem sigue vivo / aunque parezca un muñeco de cera / sigue vivo y en libertad / las mariposas del patio de

los Gerlero / obstinadas en su monarquía de veinticuatro horas / se
pasan el relato de generación en generación / como una mitología / la
del perro que jugaba con mariposas / perdón / Sr. Director / sé que me
excedí en los caracteres / pero le aseguro que es muy difícil / escribir
con palabras de este mundo / que partió de esta ciudad un barco /
llevándonos.